

Homilías domingo 2º de Adviento (Ciclo C)

+ Lectura del santo Evangelio según San Lucas

En el año quince del reinado del emperador Tiberio, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea, y Herodes virrey de Galilea, y su hermano Felipe virrey de Iturea y Traconítide, y Lisanio virrey de Abilene, bajo el sumo sacerdocio de Anás y Caifás, vino la palabra de Dios sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto.

Y recorrió toda la comarca del Jordán, predicando un bautismo de conversión para perdón de los pecados, como está escrito en el libro de los oráculos del profeta Isaías:

«Una voz grita en el desierto: Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos; elévense los valles, desciendan los montes y colinas; que lo torcido se enderece, lo escabroso se iguale. Y todos verán la salvación de Dios».

Palabra del Señor

Homilías

(A)

“Vino la Palabra de Dios sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto”

El viejo Testamento está a punto de quedarse en el pasado. Pero en ese viejo tronco del ayer “viene la palabra de Dios sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto”. Juan no es del Antiguo Testamento. Tampoco del nuevo. Es el tránsito. Es el puente. Es el brote nuevo. Es el anuncio de lo nuevo que está a punto de brotar. El Antiguo Testamento es un viejo tronco que ya no da fruto, pero en sus raíces todavía queda una vida que en el Nuevo Testamento será revitalizada.

Porque lo que Dios ha sembrado durante siglos son semillas de vida. Desaparecerá el tronco, pero sus raíces aún tienen vida. “No

he venido a abolir la ley, dice Jesús, sino a cumplirla, a llevarla a su verdadera dimensión”.

Uno siente pena cuando alguien corta un árbol y deja desnudo un trozo del viejo tronco con sus raíces todavía hundidas en la tierra. Estaba ya viejo, dicen unos. Era un peligro, comentan otros. Sólo ocupaba lugar, exclaman algunos.

Todos tenemos razón para eliminarlo y echarlo abajo.
Todos tenemos razón para eliminar lo que creemos ya inútil o muerto.

Sin embargo, cuando uno creía que el viejo tronco estaba condenado a desaparecer, nos olvidamos que todavía no habíamos arrancado sus raíces. De pronto, cuando menos lo pensamos, vemos cómo nuevos retoños brotan en el tronco viejo. El tronco estaba ya para cortar, pero las raíces todavía tenían vida. Y mientras haya vida en las raíces, la vida es posible. “Del viejo tronco de Jesé, brotará el nuevo retoño que es Jesús”.

La vida es más fuerte que la vejez.

La vida es más fuerte que el robusto tronco.

La vida siempre triunfa sobre lo que consideramos inútil o estorbo o peligro.

El problema de hoy, tal vez no sea tanto de los troncos, sino un problema de raíces.

Hay demasiadas vidas sin raíces profundas.

Hay demasiadas parejas sin raíces hondas.

Hay demasiadas instituciones carentes de raíces.

Hay demasiadas vocaciones sin raíces profundas.

Hay demasiadas decisiones sin raíces.

Hay demasiadas prohibiciones sin raíces.

Por eso son vidas que se mueren fácilmente. Mueren con la facilidad con la que mueren los sentimientos que las sostenían. Son parejas que comienzan con mucha lozanía. Pero sus raíces están tan a superficie de la tierra que, antes mueren las raíces que el tronco.

Son vocaciones que nacen de unos ideales más emotivos que

profundos. Y cuando la emotividad de lo comenzado empieza a serenarse, uno siente que está perdiendo la vocación. Son instituciones que brotan a golpe de emociones, de sentimientos, o de oportunidades. Pero ¿dónde están sus raíces? Al final terminan siendo instituciones vacías, que sólo pueden supervivir en base a leyes, a prohibiciones. Son decisiones tomadas en un momento emocional pero sin tierra que las sostenga.

Cultivamos demasiado las ramas. Pero nos olvidamos de las raíces.

Cultivamos mucho el tronco. Pero no abonamos las raíces. Cultivamos mucho la apariencia. Pero no nos preocupamos de echarles agua a las calladas raíces que no se ven.

Cuando las raíces tienen vida, puede que algunas ramas se sequen, pero aún quedan suficientes para herosear el árbol. Cuando las raíces tienen vida, uno puede encontrar dificultades en el camino, pero la vida es más fuerte que los obstáculos. Cuando las raíces tienen vida, uno puede pasar por los momentos de la prueba, pero la vida que sube por el tronco es más fuerte.

Un compañero mío cuidaba con mucho mimo un jardincito. Tenía unos rosales preciosos. Varias veces a la semana regaba las raíces. Y un día le pregunté ¿porqué no regaba todo el rosal? Su respuesta fue inmediata: Las rosas no necesitan riego. Sólo las raíces. Dentro de mí surgió una inquietud: con frecuencia nos pasamos el tiempo regando las ramas mientras las raíces se mueren de sed.

Juan es el brote nuevo en el viejo tronco. Y es ese nuevo retoño el que anunciará al nuevo árbol y a la nueva vida. Y él mismo comienza por echar agua a las viejas raíces, anunciando la conversión del corazón. Cultivar las raíces es hacer que, hasta los viejos troncos renuncien a morir, aunque los cortemos, pues la vida de las raíces encontrará nuevos cauces para seguir creciendo y viviendo. Serán vidas nuevas. Serán troncos nuevos.

(B)

Este mundo no nos gusta. Todos hemos sentido alguna vez la tentación del escapismo. "Que se pare el mundo, yo me bajo". Y no es que el pasado fuera mejor. Nadie que conozca la historia puede decir que el pasado fuera mejor. En cantidad de cosas hemos progresado. Pero lo que pasa es que ahora somos más conscientes de la complejidad y la fealdad de la vida. Ahora conocemos mejor la vejez del mundo.

Este mundo nuestro es magnífico. No podemos dejar de admirar tantas realizaciones, tantas conquistas, logros. Recorres los países y parecen fantásticos. Ves a las personas por la calle o en la TV y todas parecen felices. Preguntas a unas y otras, y todas se lo pasan de maravilla. Vivimos tiempos felices y divertidos.

Y, sin embargo, no hace falta tener demasiado ojo clínico para detectar los síntomas de un mal profundo y progresivo. No puedo aquí detallarlo, pero sí puedo afirmar que la realidad no responde a las apariencias; que hay mucho de apariencia y vaciedad; que la gente vive nerviosa, insatisfecha, preocupada. La gente critica, exige, protesta, se harta, se amarga, se cansa. Algo huele a podrido en nuestra sociedad perfumada.

Yo creo que a nuestro mundo le falta el alma. Tenemos un cuerpo precioso, pero le falta el alma. Hemos construido una máquina gigantesca, pero sin entrañas. Un escaparate fascinante pero vacío por dentro.

Hombres tan inteligentes como somos, y no sabemos responder a los principales problemas que nos afectan. "Hemos aprendido a volar como los pájaros y a nadar como los peces, pero no hemos aprendido el sencillo arte de vivir juntos como hermanos".

En el último siglo hemos asistido a una verdadera aceleración de la Historia...

Pero ¿han cambiado al mismo ritmo las ruedas del alma? ¿Son mejores los hombres de hoy que los del s.XVI? ¿Son más felices quienes hoy pueblan la tierra que los que lo hicieron en el s.XIII? ¿O en lo que se refiere al alma, seguimos caminando con ruedas de carreta?

Pocas cosas hay en este mundo más ambiguas que el progreso. Y es que el progreso es como una de esas escopetas en las que el culatazo es casi tan fuerte como el disparo. Hoy medimos qué fuertes han sido los culatazos: la industrialización fue un avance, pero nos ha traído la destrucción de los bosques, la contaminación del aire y los ríos, la puesta en peligro de la capa de ozono que protege el planeta; el descubrimiento del automóvil nos dio mayor movilidad, pero ha hecho imposibles de vivir a muchas ciudades, la TV nos metió el mundo en casa, pero ha aumentado con ella la incomunicación en los hogares.

Pero lo dramático es cuando se avanza en todo menos en lo esencial. Porque ¿qué ganaríamos con, aprender a volar como los pájaros y nadar como los peces, si no supiéramos convivir, si no aprendiéramos a querernos?

A fin de cuentas, ése es el único progreso que cuenta o debería contar. Nosotros mismos, cada uno de nosotros, ¿podemos asegurar que somos hoy mejor persona que hace 10 años? ¿Ha mejorado tanto nuestro corazón como la calidad de nuestra casa o de nuestro coche?

Si nos quedáramos en una visión pesimista y amargada de este mundo no podríamos seguir celebrando el Adviento. Los hombres de Adviento han de abrirse a una visión esperanzada.

De un viejo tronco surge un renuevo, brota la vida. No se explica humanamente, pero "para Dios nada hay imposible".

Me lo contaba hace unos días un jubilado, profesor de los buenos, que ha recuperado la salud perdida y el optimismo: "He retoñado". En su cuerpo decaído han retoñado nuevas fuerzas, en su alma triste ha retoñado la alegría.

Como un milagro. Un papa viejo rejuveneció a la Iglesia; otro papa aviejado y gastado entusiasma a los jóvenes y a las muchedumbres, una mujer arrugada renovó el mundo entero con su caridad.

Milagros del Espíritu. Su soplo vivificante lo mismo puede dar vida a huesos secos, que llenar de hijos la casa de unos viejos ¿Qué cosas podemos y debemos renovar? No pensemos sólo en niveles colectivos. ¿Hay en ti síntomas de vejez? Puede ser el

cansancio, el miedo, el desánimo, la rutina, las añoranzas. Pues ya sabes que para el Espíritu no hay edades. Deja que su soplo te vivifique.

Vemos hoy que los conventos envejecen, que la edad media de los sacerdotes se dispara, que las parroquias echan de menos a los jóvenes. Pues será que no nos abrimos al Espíritu, será que nos empeñamos en esquemas viejos, será que en el fondo no queremos cambiar. A lo mejor los curas y los monjes del s.XXI deben ser distintos; a lo mejor las liturgias del S.XXI deben ser de otra manera; a lo mejor la vida de los creyentes debe brillar con una luz nueva.

Deja que el soplo del Espíritu te vivifique. Cristo es la mejor medicina contra las arrugas.

(C)

La expresión «una voz grita en el desierto» me ha hecho recordar escenas de nuestro hoy cuando vemos anunciados personajes que dan conferencias, conciertos, ruedas de prensa... Nos encanta estar cerca de los ídolos y alardeamos de ello, después, diciendo: «Pues yo conozco, yo asistí... Yo le ví en tal ocasión». En el fondo, intuimos que, además de la natural curiosidad, de los importantes, siempre sale algún rayo de luz inesperado para nuestra existencia, alguna palabra orientadora, algo que nos pone «chispa» en la vida. Algo así sucedió con la predicación de Juan en un lugar y en un tiempo concreto, que Lucas tiene el cuidado de precisar.

Juan es un profeta, un hombre habitado por Dios, con palabra de Dios dentro de su corazón. La Palabra de Dios vino a Juan (no es que él fuera a buscarla), y Juan la acoge y la pregona. El itinerario ordinario de la Palabra de Dios es de unos a otros. San Pablo dirá que la fe se propaga por el oído (Rom. 10,17). Dios es interesante porque alguien lo acoge, se deja habitar y cambiar por Él, lo vive como interesante y lo comunica a otros. Dios, con una imagen moderna, se da a conocer más por la publicidad del «boca a boca» que por campañas publicitarias a lo grande. De hecho, el lugar donde pasan estas cosas que Lucas nos presenta es el desierto, allí donde no hay cámaras, allí donde lo importante no es que «algo

sea noticia», sino que Dios aterrice en el corazón de alguien de manera sencilla.

¿Por qué este hacer de Dios? Porque Dios no viene ni para ser utilizado ni para que le utilicemos. Dios viene para que nos convirtamos, para que cambiemos por dentro. Dios no es una cosa más de las que se venden o se compran. Dios es alguien a quien se acoge porque sí, porque uno quiere allanar el corazón y vivir «como Dios manda». Dios es «noticia» y «tiene interés» para aquellos que estén dispuestos a lo nuevo, a cambiar algo, a hacer «reformas» en su propia vida.

El Dios que viene y que Juan anuncia como próximo no puede convivir con los que no quieren tocar su vida. Dios entra en el corazón removiendo y cambiando todo porque exige que organicemos todo poniéndole a Él como primero.

Dios viene para allanar senderos, para enderezar lo torcido. Dios viene para ser salvación.

Es posible que muchos oigan y no les interese remover nada. Llegan momentos y situaciones en la vida de las personas en las que uno hace las paces con lo que sea con tal de «no revolver» su interior. Dios nos remueve.

(D)

Juan grita mucho. Lo hace porque ve al pueblo dormido y quiere despertarlo, lo ve apagado y quiere encender en él la fe en un Dios Salvador. Su grito se concentra en una llamada: «*Preparad el camino del Señor*». ¿Cómo abrirle caminos a Dios? ¿Cómo hacerle más sitio en nuestra vida?

Búsqueda personal. Para muchos, Dios está hoy como oculto y encubierto por toda clase de prejuicios, dudas, malos recuerdos de la infancia o experiencias religiosas negativas.

¿Cómo descubrirlo? Lo importante no es pensar en la Iglesia, los curas, la misa o la moral sexual. Lo primero es abrir el corazón y buscar al Dios vivo que se nos revela en Jesucristo. Dios se deja encontrar por los que lo buscan.

Atención interior. Para abrirle un camino a Dios es necesario descender al fondo de nuestro corazón. Quien no busca a Dios en

su interior es difícil que lo encuentre fuera. Dentro de nosotros encontraremos miedos, preguntas, deseos, vacío... No importa. Dios está ahí. Él nos ha creado con un corazón que no descansará si no es en él.

Con un corazón sincero. No ha de preocuparnos el pecado o la mediocridad. Lo que más nos acerca al misterio de Dios es vivir en la verdad, no engañarnos a nosotros mismos, reconocer nuestros errores. El encuentro con Dios acontece cuando a uno le nace desde dentro esta oración: «Oh Dios, ten compasión de mí, que soy pecador». Éste es el mejor camino para recuperar la paz y la alegría interior.

En actitud confiada. Es el miedo el que cierra a no pocos el camino hacia Dios. Tienen miedo a encontrarse con Él, sólo piensan en su juicio y sus posibles castigos. No terminan de creerse que Dios sólo es amor y que, incluso cuando juzga al ser humano, lo hace con amor infinito. Despertar la confianza total en este amor puede ser comenzar a vivir de una manera nueva y gozosa con Dios.

Caminos diferentes. Cada uno ha de hacer su propio recorrido. Dios nos acompaña a todos. No abandona a nadie y menos cuando se encuentra perdido. Lo importante es no perder el deseo humilde de Dios. Quien sigue confiando, quien de alguna manera desea creer es ya «creyente» ante ese Dios que conoce hasta el fondo el corazón de cada persona.

P. Juan Jáuregui Castelo